

No quiere decir esto que la oración sea el único medio de hacernos accesibles á la iluminación. Todo ejercicio por medio del cual la sabiduría divina puede penetrar más profundamente en el alma, es útil y recomendable: la lectura de los libros de piedad, la audición de la palabra de Dios, la investigación de las obras divinas en la naturaleza, en la historia y en la revelación, y el estudio de los escritos que conducen al conocimiento y al amor de Dios.

Sin embargo, la oración es mucho más preferible que todos estos medios, sobre todo la oración interior. Una hora de excelente oración, sobre todo de buena meditación, da más luces divinas á nuestra alma que cualquier otra actividad.

Por esta razón, designan los místicos la meditación ú oración interna, como la primera obligación para el que marcha por la vía iluminativa.

No hay necesidad de hacer resaltar aquí la importancia y sublimidad de la oración, pues ya hemos hablado de ella en otra parte, ⁽¹⁾ por lo que nos referimos á dicho punto. Sin embargo, añadiremos que no es el vano conocimiento ni la estimación de la oración lo que ilumina y perfecciona al alma, sino que para esto hay que recurrir á la práctica, la cual se adquiere con el ejercicio constante de la oración, del mismo modo que únicamente se aprende el amor amando.

Pero no queda terminado todo recibiendo la luz sobrenatural en nuestra alma. La meditación no debe ser únicamente un ejercicio especulativo de la inteligencia. Si se limita á ahondar en las verdades divinas, no adquiere más que un valor mediano. Debe siempre proponerse por objeto mostrarnos, á la luz de las verdades meditadas, lo que nos falta, y lo que debemos hacer para cumplir nuestro deber y alcanzar nuestro fin. Del mismo modo, debe obrar sobre la voluntad y el corazón, para hacerles ejecutar lo que la inteligencia ha reconocido como verdadero. ⁽²⁾

(1) V. Vol. VI, Conf. XXIII.

(2) Véase más arriba, XII, 8.

Reducir á la práctica, con el auxilio de la gracia divina, por medio del trabajo personal serio, en otros términos, practicar las virtudes cristianas en toda su extensión, he aquí lo que forma la segunda parte de la empresa que debemos realizar en el camino de la iluminación. Los maestros de la vida espiritual han escrito tantas obras sobre este punto, que debemos renunciar á entrar aquí en más detalles. Por otra parte, no es esto necesario, porque todo cristiano posee sin duda alguna uno ú otro de esos libros ascéticos que se llaman el *Combate Espiritual* de Scupoli, la *Perfección Cristiana* de Rodríguez, la *Introducción á la vida devota* de San Francisco de Sales, la *Imitación de Jesucristo*.

Por otra parte, ni la ciencia ni la lectura tienen aquí gran importancia, sino únicamente la acción.

La realización de las virtudes es la prueba de nuestra iluminación y de nuestro verdadero progreso. Solamente por ella nos apropiamos la luz y la eficacia de la gracia divina, y, semejantes á la planta, crecemos y nos desarrollamos en la medida de las fuerzas sobrenaturales que el Espíritu Santo derrama en nuestro corazón.

9. La vida de Jesucristo como resumen de la vía iluminativa.—Pero el que tiene una idea de la extensión de las virtudes cristianas, comprenderá, como ya lo hemos dicho, que los maestros de la perfección afirman unánimemente que, en este terreno, jamás debe cesar el trabajo.

Al recorrer los libros de ellos que tratan de esta materia, muchas personas se descorazonan, y se hacen la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible apropiarse tantas virtudes, y virtudes tan difíciles?

No imputaríamos como un crimen á quien quisiera aprender á conocer únicamente por los libros la gran empresa de la vía iluminativa. Pero felizmente tenemos otro libro en el que están escritos todos nuestros deberes y todas las virtudes que debemos practicar. En él están indicados brevemente por manera completísima y comprensible á todos.

No sólo son atractivos por su gravedad y profundidad, sino que provocan un entusiasmo que impulsa á imitarlos.

Este libro, interior y exteriormente, ⁽¹⁾ es Nuestro Señor Jesucristo. Él reemplaza todos los libros. Para que cualquier otro libro sea útil, debe estar redactado de conformidad con Él. Pero, por excelente que sea, no obstante toda la claridad y belleza que puedan adornarlo, está muy lejos de igualar al verdadero libro de la vida, en comparación del cual todos los otros libros son libros muertos.

De aquí que todos los libros recomendables deban basarse en este libro. Y, gracias á Dios, los libros de esta especie no faltan. Se necesitaría todo un catálogo para indicar las buenas obras sobre la vida espiritual, si quisiera uno citar los que parten del principio más importante de toda la doctrina sobre la virtud, á saber, el único medio para apropiarse la verdadera perfección: estudiar en el libro de la vida de Jesucristo.

Por consiguiente, el estudio de este libro es el resumen sucinto, y, no obstante, inmenso de la empresa del cristiano en la vía iluminativa.

De lo dicho se deduce que apenas hay necesidad de hacer notar que este libro viviente se estudia mucho menos con la cabeza, como se estudian los otros libros, que con un corazón amante y una voluntad determinada á poner en práctica lo que contiene.

Ya hemos dicho que la meditación y la práctica de las virtudes son la fuente de la verdadera iluminación. Así, pues, el camino más corto para llegar á este resultado y para progresar en la virtud, es la meditación de la vida, de los sufrimientos, de la conducta externa, de los sentimientos internos, de las virtudes, en una palabra, la imitación tan perfecta como seá posible de Jesucristo.

Predestinados por Dios á «ser conformes á la imagen de su Hijo», ⁽²⁾ estamos obligados á «revestirnos de Jesucris-

(1) Apoc., V, 1.

(2) Rom., VIII, 29.

to», ⁽¹⁾ á fin de que, «así como hemos llevado grabada la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial», ⁽²⁾ no sólo según las apariencias externas, sino ante todo interiormente.

Exteriormente debemos mostrar en nosotros las señales de la oración continua, de la mortificación, de la modestia, de la dulzura, de la condescendencia, del desinterés, de la dominación personal del Salvador, á fin de que «la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal». ⁽³⁾

Interiormente debemos formar nuestro pensamiento y nuestra voluntad según su espíritu, y apropiarnos su recogimiento, su amor á Dios y al prójimo, su celo por el honor de su Padre, su obediencia á Él, de tal suerte que, «arraigados en Él», ⁽⁴⁾ podamos decir, sino en palabras, por lo menos en acciones: «Vivo, pero no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí». ⁽⁵⁾

Así, pues, por vasta que sea la empresa de la vía iluminativa, la resume brevemente el Apóstol, por modo completísimo, en esta sola fórmula: «Renovaos, pues, en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera». ⁽⁶⁾

El Hijo de Dios hecho hombre es el sostén que sirve de apoyo á la débil planta humana para elevarse hacia la luz, el modelo según el cual debe formarse cada uno de nosotros, la cabeza en que cada miembro bebe la fuerza y la vida.

Así, pues, todo lo que podríamos leer y decir sobre la parte principal de nuestra empresa moral, no sería otra cosa que el desarrollo del breve principio de la mística de la Edad Media: imitar á Jesucristo. ⁽⁷⁾

10. Para quien toma con empeño su santificación, ayúdale todo á progresar.—Pero el que ha aprendido á

(1) Rom., XIII, 14.—(2) I Cor., XV, 49.

(3) II Cor., IX, 10.

(4) Col., II, 7.

(5) Gal., II, 20.

(6) Eph., IV, 23, 24.

(7) Seuze, *Leben, Cap.*, 52 (53), Denifle, 248.

leer bien en este libro, encuentra en otras obras, que ordinariamente permanecen cerradas, v. g., el libro de la naturaleza, el de la historia, el de la experiencia personal, el de las virtudes y defectos ajenos, amplia materia de instrucción y progreso. Ocurre entonces lo que en la planta tan pronto como se ha unido á la luz, que en todo sabe hallar nueva materia para crecer y fortificarse. Saca su alimento de todos los elementos: tierra, aire, lluvia, piedras.

Lo mismo ocurre en el que se ha unido á Jesucristo, luz del alma. Apenas hubo aprendido San Pablo á no saber y á no predicar más que Jesucristo, y Jesucristo crucificado, ⁽¹⁾ pudo exclamar: «¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? No, en medio de todas estas pruebas, triunfamos por virtud de Aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza ó violencia, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor». ⁽²⁾

Todo esto, por lo contrario, antes nos ayuda á aumentar nuestro amor á Él, y por el mismo hecho, la virtud en aquellos que le son fieles.

«Todo contribuye al bien de los que aman á Dios». ⁽³⁾ Sí, todo. Las dulzuras como las amarguras, las repugnancias como las simpatías, condúcenlos más cerca de Dios, su fin. Sus mismos defectos los hacen más humildes, más prudentes, más celosos, ⁽⁴⁾ y, por consiguiente, más capaces de mantenerse en la gracia, y de llegar así á la perfección. ⁽⁵⁾ De aquí resulta que los que trabajan en imitar á

(1) Cor., I, 23; II, 2.

(2) Rom., VIII, 35 y sig.

(3) *Ibid.*, VIII, 28.

(4) Augustin., *Corrept. et gratia*, 9, 23. Bernard., *In Ps.* 90, 2, 2.

(5) Thomas, 3, q. 89, a. 2, ad. 1.

Jesucristo, tienen, de una parte, los ojos muy abiertos, y el corazón muy accesible á lo verdadero, lo bueno y lo bello, en todas las materias y circunstancias, aun en aquellas á las que no se concede importancia, y, de otra, verdadera destreza en aprovecharse de todas las ocasiones de conocer á Dios, de amarle, y de progresar en la virtud.

Aun incidentes que, en apariencia, parecen obstáculos, se convierten para ellos en escala celestial por la cual se elevan hasta Dios.

En esto consiste la sabiduría. ⁽¹⁾ Ésta se encuentra únicamente allí donde el amor de Dios y la imitación de Jesucristo han iluminado el espíritu.

Un rayo de esta sabiduría fué el que inspiró al poeta estas bellas palabras:

«Conozco al autor y creador de todas las cosas, y dejo á mi barquilla bogar á merced de las olas. Oigo su gloria en el canto de todos los pájaros, y la encuentro en la flor y en el sonido de todas las arpas». ⁽²⁾

Esta misma sabiduría es la que movía á decir al gran orador popular Bertoldo de Ratisbona, aludiendo á la anterior poesía: «El Dios Todopoderoso ha creado todas las cosas para nuestra utilidad y provecho, ya corporal, ya espiritual. Y, como los intereses del alma deben anteponerse á los del cuerpo, leed, para fomentarlos, en esos libros que son el cielo y la tierra. Así lo hacía San Bernardo. Así también, aprended vosotros mucho, porque el Dios Todopoderoso lo ha hecho todo para vosotros. Para que dijeseis: «Busco al Creador en el canto de todos los pájaros, en el sonido de todas las cuerdas». ⁽³⁾

Según estos principios, han obrado los santos, esos maestros de la sabiduría divina.

Así se ha dicho de Santa Gertrudis: «Cuanto más una cosa le conducía á Dios, más la amaba; por ejemplo, el libro que leía, la pizarra en que escribía. Porque considera-

(1) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 1; q. 47, a. 2, ad 1.

(2) *Titarel* (Hahn), 6182.

(3) Berthold von Regensburg, 11 *Predigt*, Goebel (3) 175, 178.

ba lo que poseía como dado para alabar á Dios. Ora durmiese, ora comiese ó tuviese un rató de expansión, todo lo daba á Dios, y se regocijaba del bien que se le hacía, como si se hiciese al mismo Dios, ⁽¹⁾ según las palabras del Salvador». ⁽²⁾

Así, pues, aprendamos también á verlo todo en la luz de esta misma sabiduría. No podremos decir entonces que nos faltan ocasiones para progresar.

En el fondo, dos cosas son únicamente necesarias: aspirar seria y constantemente hacia el fin de la perfección, y tomar para ello el camino más corto y seguro.

Este camino es Jesucristo. Amémosle únicamente á Él, y sigámosle fielmente. Seguros estaremos entonces de ser iluminados por la sabiduría divina, y de hacer progresos en el camino de la perfección.

Sin duda que el fin es elevado, grande la empresa, y tan difíciles los principios, que no podríamos recomendar con la insistencia debida al principiante el ánimo, la confianza y la constancia, ó, lo que es lo mismo, la paciencia.

No obstante esto, los progresos y la llegada al término son fáciles. Porque «el que se siente impulsado por el deseo de obrar bien, y lo hace mejor de día en día, pronto advierte que su virtud ha tomado incremento». ⁽³⁾

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 1, 11.

(2) Matth., XXV, 40.

(3) Dante, *Parad.*, XVIII, 58 y sig.

CONFERENCIA XIX

LA VÍA UNITIVA

1. Importancia de los principios abstractos más generales.—Una de las cosas que más contribuyen á hacer penosa la vida, es ver la falta de principios que reina en los hombres, ó mejor, su indiferencia con relación á los principios generales que rigen, ó que por lo menos deberían regir, la vida moral y la vida pública.

Esta es la razón por la cual la generalidad no tiene otra norma de conducta que vivir al día, dejando á los acontecimientos y á las circunstancias, el cuidado de inspirarles lo que deben hacer.

¿Qué consecuencias resultan de esto? Desde luego, esa lamentable falta de carácter ⁽¹⁾ propia de nuestra época, y luego ese número incalculable de charlatanes que introducen el desorden en nuestra situación pública.

El hombre educado desde su juventud en principios firmes y sólidos, jamás sabrá apreciar debidamente su dicha. Cuanto más restringido es el número de estos principios, más firme base le ofrecen para todos los casos.

En las bajas esferas de la vida es donde menos se nota esta influencia de los principios generales. Pero cuanto más se remonta uno, más innegable aparece. De aquí que con frecuencia sea difícil apreciar el valor é importancia de una manera de ver, cuando se consideran únicamente en ella las aplicaciones más próximas. Pero cuanto más lejos lleva uno sus conclusiones, con más minuciosidad examina sus últimas ramificaciones, y mejor puede formular un juicio cierto sobre su valor y su influencia.

(1) Véase tom. VI, conf. XV, 7.